

Nicolino comprendió la indirecta. Las palabras del buen Roberto Brandi eran una apertura; pero, como además de no tener autorización para tratar en nombre de los patriotas, el billete recibido aquella tarde le recomendaba esperar los acontecimientos que habrían de cumplirse entre once y doce, y ayudar en cuanto le fuese posible á llevarlos á cabo, fingió no entender lo que Brandi quería significarle.

Por más ventajoso que fuera para los intereses de la república partenópea, ¿quién le aseguraba de que lo que él tratase con el gobernador de la fortaleza se acordaría con los planes de los republicanos?

Viendo Roberto Brandi que Nicolino guardaba silencio, dió tres ó cuatro vueltas por el recinto recomendando á los centinelas la mayor vigilancia y á los artilleros que velasen al pie de los cañones con la mecha encendida.

## CAPÍTULO X

### En que por fin se ve de qué modo fué izada la bandera francesa en lo alto del castillo de San Telmo

Nicolino escuchó en silencio las órdenes que el gobernador dió en voz alta, sin duda para que llegasen á los oídos de su prisionero.

Aquel redoblamiento de vigilancia no dejó de inquietarle; sin embargo, confiaba en la prudencia y en el valor de los que le habían dado el aviso.

Entonces pudo conocer, claro como la luz del día, que la creciente deferencia y las repetidas atenciones del gobernador no tenían más que un objeto: facilitarle el camino para que le hiciera proposiciones, ó bien predisponer su ánimo á acoger avorablemente las indirectas del buen Roberto, cosa que sin duda hubiera sucedido, si el aviso de los patriotas no hubiese obligado á Nicolino á mantenerse en una prudente reserva.



Las horas se deslizaron sin que Brandi volviese á hablar al prisionero, al cual aparentó olvidar concediéndole el permiso tácito de permanecer en la muralla.

Dieron las diez. El lector recordará que esta era la hora indicada por Maliterno al arzobispo Zurlo para que echase á vuelo todas las campanas de Nápoles, so pena de muerte. Aun no se había apagado la última vibración del reloj, cuando aquellas mil lenguas de bronce estallaron en inmenso repique.

Nicolino estaba preparado para todo menos para aquel enorme concierto de voces de metal; de creer es que Roberto Brandi no le esperase tampoco, puesto que al escuchar aquel ruido se aproximó hasta su prisionero y le miró con asombro.

— Vais á preguntarme lo que significa esa horrible zambra, ¿no es verdad? dijo Nicolino; pues bien, la misma pregunta iba yo á haceros.

— ¿De modo que lo ignoráis?

— ¡Completamente! ¿y vos?

— Yo también.

— Pues entonces, prometámonos que el primero que lo sepa se lo dirá á su vecino.

— Os lo prometo.

— La cosa es incomprendible, pero curiosa en

extremo. ¡Cuántas veces he pagado á peso de oro mi palco de San Carlos por ver un espectáculo que no valía la mitad que éste!

Pero, contra lo que esperaba Nicolino, el interés del espectáculo crecía por momentos.

Según hemos dicho, sorprendidos en medio de su infernal tarea por aquella gigantesca voz que parecía hablarles desde lo alto, los *lazzaroni*, que no comprendían bien el lenguaje celestial, corrieron á la iglesia metropolitana en busca de la clave del enigma.

Sabido es lo que allí encontraron: la antigua metrópoli iluminada á *giorno*, la sangre y la cabeza de San Gennaro expuestas sobre el altar, el arzobispo revestido de sus hábitos sacerdotales, y por último, á Rocca-Romana y á Maliterno en traje de penitentes, esto es, en camisa, descalzos y con la cuerda al cuello.

Los dos espectadores de la muralla, para los cuales parecía preparado exprofeso aquel espectáculo, vieron entonces la extraña procesión que salía de la iglesia en medio del llanto, de los gritos y de la general lamentación. Las antorchas eran tan numerosas y tan intensa la luz que despedían, que Nicolino, con el auxilio del catalejo que el gobernador mandó á buscar, pudo reconocer al



arzobispo bajo su palio, llevando en las manos el Santísimo Sacramento, á los canónigos que iban á su lado con las milagrosas reliquias de San Genaro, y detrás de los canónigos, á Maliterno y á Rocca-Romana ataviados de aquella inexplicable manera.

Nicolino sabía que su hermano Rocca-Romana era tan escéptico como él, y que Maliterno corría parejas con su hermano. Así es que al reconocer á los dos penitentes, no pudo menos de lanzar una carcajada homérica.

¿Qué significaba aquella comedia? ¿con qué objeto se representaba? Esto era lo que no podía explicarse Nicolino.

Pero las once no estaban lejos y pronto iba á saber á qué atenerse.

Roberto Brandi, que no esperaba ninguna explicación, parecía más inquieto y más impaciente que su prisionero; conociendo como conocía al pueblo de Nápoles, estaba seguro de que aquella comedia religiosa ocultaba algún lazo.

Nicolino y el gobernador siguieron con la mayor curiosidad las evoluciones de la procesión, hasta que volvió á su punto de partida. Poco á poco cesó el ruido, las antorchas se apagaron, y el silencio y las tinieblas sucedieron al inmenso cla-

moreo de las campanas y á la luz de los hachones.

Algunos edificios continuaban ardiendo acá y allá; pero nadie hacía caso de ellos.

Dieron las once.

— Me parece que ha terminado la representación, dijo Nicolino deseando volver al calabozo para conformarse con las instrucciones de la esquila. ¿Qué decís, señor Brandi?

— Digo, carísimo prisionero, que aun tengo que enseñaros algo antes que bajéis á vuestro calabozo.

Y le hizo señas de que le siguiera.

— Hasta ahora, continuó el gobernador, no hemos hecho sino cuidarnos de lo que pasa en Nápoles, investigándole desde Margellina á la puerta Capuana, ó lo que es lo mismo, de poniente á levante: dirijamos una mirada hacia el norte. Aunque lo que viene por este lado no haga tanto ruido ni arroje tanta luz, os aseguro que merece la pena de que le demos un vistazo.

Nicolino se dejó conducir por el gobernador hacia el otro extremo del castillo; entonces, sobre las colinas que ciñen la ciudad, desde la de Capodimonte á la de Poggioreale, vió una línea de fuegos que por su regularidad indicaban la presencia de un ejército en marcha.



— ¡Calla! dijo Nicolino, esta es una novedad que no esperábamos.

— Novedad que no carece de interés, ¿no es cierto?

— ¿Es el ejército francés?

— ¡El mismo! respondió el gobernador.

— ¡Entonces mañana entra en Nápoles!

— ¡Ca! en Nápoles no se entra tan fácilmente cuando no quieren los *lazzaroni*. Antes hay que batirse dos días, tal vez cuatro.

— Bien, ¿y luego?... preguntó Nicolino.

— ¿Luego?... ¡Nada! respondió Brandi. Pero se me figura que antes nos toca á nosotros pensar lo que en semejante conflicto padría hacer el gobernador del castillo de San Telmo en pro ó en contra de sus aliados, cualesquiera que ellos fuesen.

— Y ¿se puede saber á quién preferiríais, en caso de conflicto?

— Carísimo prisionero, un hombre que raciocine medianamente no tiene preferencias. No hace mucho os hice mi profesión de fe, diciéndoos que era padre de familia, y aun recuerdo que os cité el proverbio: *la caridad bien entendida empieza por sí mismo*. Volved á vuestro calabozo, meditad el asunto y consultadle con la almohada. Mañana hablaremos de política, de moral y de filosofía y

entonces me diréis el resultado de vuestra consulta. ¡Buenas noches, señor duque!

Y como mientras hablaban habían llegado á la escalera de las prisiones inferiores, el carcelero acompañó á Nicolino hasta su calabozo y le encerró con llave, según costumbre.

El joven se encontró en la más completa obscuridad.

Pero como las instrucciones que había recibido no eran difíciles de seguir, se dirigió á tuestas á su cama y se tendió en ella sin desnudarse.

Aun no habían pasado cinco minutos, cuando oyó el grito de alarma y el tiroteo y los tres cañonazos que le siguieron.

Después, todo volvió á quedar en el más profundo silencio.

¿Qué había sucedido?

Preciso nos es decir que, á pesar del valor de Nicolino, el corazón le palpitaba en el pecho precipitadamente al hacerse esta pregunta.

Su incertidumbre no fué larga. Diez minutos después, oyó pasos en la escalera, rechinaron los cerrojos de su calabozo, y el digno gobernador apareció con una palmatoria en la mano.

Roberto Brandi cerró tras sí la puerta con la mayor precaución, puso la palmatoria sobre la



mesa, cogió una silla y fué á sentarse cerca de la cama de su prisionero, el cual, ignorando á dónde irían á parar todos aquellos preliminares, le dejaba hacer sin decirle una palabra.

— Carísimo prisionero, le dijo el gobernador así que estuvo sentado á su cabecera, razón tenía en deciros hace un instante que el castillo de San Telmo era un argumento de cierta importancia en la cuestión que mañana va á debatirse.

— ¿Y venis á semejante hora, mi querido señor Brandi, sólo para que os felicite por vuestra perspicacia?

— No por cierto, señor duque, aunque siempre es una satisfacción de amor propio el poder decir á un hombre de talento como vós: « Ya veis que no me había equivocado. »

— Entonces...

— ¿Por qué vengo? porque se me figura que no debemos esperar á mañana para hablar de nuestros negocios... mañana sería tal vez demasiado tarde. Y como ahora conozco el motivo por el cual no quisisteis que habláramos de ellos á prima noche...

— Vamos á ver, querido gobernador, seamos francos, dijo Nicolino; ¿ha ocurrido algo de notable desde que nos separamos hace un momento?

— Juzgad vos mismo. Figuraos que los republi-

canos, sorprendiendo sin que yo sepa cómo el santo y seña del fuerte que eran las palabras *Pausilipo* y *Partenope*, acaban de presentarse al centinela; pero confundieron la ciudad moderna con la antigua y en lugar de *Partenope* le dijeron *Napoli*. Este pequeño lapsus hizo descubrir la trampa y les ha valido una soberbia rociada de confites de plomo. De modo, carísimo prisionero, que el golpe de mano ha fracasado; y si era eso lo que esperabais al acostaros vestido en la cama, podéis desnudaros y dormir tranquilamente, á menos que no prefiráis venir á tomar asiento frente á esta mesa para que hablemos un rato como dos buenos amigos.

— ¡Con mil amores! dijo Nicolino saltando de la cama. Volved la baraja, y juguemos á cartas descubiertas.

— Antes, permitidme algunas aclaraciones preliminares, señor duque.

— Veamos.

— ¿Tenéis poderes suficientes para hablar conmigo?

— Los tengo.

— ¿Y será ratificado por vuestros amigos lo que los dos estipulemos?

— ¡Á fe de Caracciolo!



— Entonces, no hay más que pedir. Sentaos, carísimo huésped.

— Siéntome, y al grano, querido gobernador.

— Vamos á ver, ¿tienen los republicanos absoluta necesidad del castillo de San Telmo?

— Si, después de la tentativa que acaban de hacer, os dijera que miran su posesión con indiferencia, mentiría como un bellaco.

— Pues bien, suponiendo que maese Roberto Brandi, gobernador del castillo, hiciese renuncia de sus funciones en el muy alto y muy poderoso señor Nicolino, descendiente de los duques de Rocca-Romana y de los príncipes Caraccioli, ¿qué ganaría el pobre Roberto Brandi en la sustitución?

— Maese Roberto Brandi me ha dicho, si mal no recuerdo, que es padre de familia.

— Y olvidé decir que también soy esposo.

— No hay por qué sentirlo, puesto que rectificáis á tiempo. ¿De modo que tenéis una mujer?...

— En primer lugar.

— ¿Y cuántos hijos?

— Dos como dos perlas; sobre todo la chica, la cual es preciso establecer...

— ¿Supongo que no lo diréis por mí?

— No pico tan alto, señor duque : es una sim-

ple observación que os hago, como digna de excitar vuestro interés.

— Creed que le excita en grado superlativo.

— Entonces, ¿qué harían, en vuestra opinión, los republicanos de Nápoles por la mujer y los hijos de un hombre que les prestara tamaño servicio?

— ¿Qué diríais si os ofreciesen diez mil ducados?...

— ¿Eh? interrumpió el gobernador.

— Esperad, que aun no he concluido.

— Seguid.

— ¿Qué diríais si os ofreciesen diez mil ducados de gratificación para vos, diez mil á vuestra mujer para alfileres, diez mil para dar carrera á vuestro hijo y diez mil para el dote de la chica?

— ¿Cuarenta mil ducados?

— Cuarenta mil.

— ¿Y eso es todo?

— ¡Diablo!

— ¿Que importan ciento ochenta mil francos?

— Justos y cabales.

— Y ¿no os parece indigno de las personas que representáis el andar con picos?

— ¿Es decir, que si fueran doscientas mil libras?...

— Por doscientas mil libras reflexionaría.

— ¿Y por cuánto os decidiríais?

— Para no regatear, por doscientas cincuenta mil.



— ¡No es mal pellizco!

— ¡No es mala presa el castillo de San Telmo!

— ¡Qué sé yo que os diga!

— ¿Rehusáis?

— Reflexiono.

— Notad bien lo que voy á deciros, querido prisionero. Mas ya que todo el día hemos andado á vueltas con los refranes, permitidme que os lo diga valiéndome de uno que será el último.

— Os lo permito.

— Pues hay un refrán que dice que « la ocasión es calva y no tiene más que un pelo, » ó lo que es lo mismo, que al hombre no se le presenta en la vida más que una ocasión de hacer fortuna; el quid estriba en no dejarlo escapar. Por consiguiente, la ocasión pasa hoy al alcance de mi mano, la tengo cogida por su único pelo, ¡y voto á bríos que no la suelto aunque me azoten! ¿Comprendéis, señor duque?

— Perfectamente, señor Brandi. Y como no quiero que un hombre á quien debo tantas deferencias, me califique de mezquino, os prometo que tendréis vuestras doscientas cincuenta mil libras.

— ¡Enhorabuena! eso es lo que se llama hablar en plata.

— Sin embargo, ya comprenderéis, que no tengo esa cantidad en el bolsillo.

— ¡Bah! por eso no os apuréis, señor duque; si todos los negocios se hicieran al contado, muy raras serían las transacciones.

— En ese caso, ¿os conformáis con que os firme un pagaré?

Roberto Brandi se levantó é hizo un saludo.

— No le necesito, señor duque, me basta vuestra palabra. Para hombres de vuestra categoría, las deudas de juego son sagradas y cada uno de nosotros juega en este momento su cabeza.

— Señor Brandi, respondió Nicólino con suprema dignidad; os doy gracias por la confianza que tenéis en mí, y os probaré que soy digno de ella. Ahora tratemos de los medios que han de emplearse para la ejecución de nuestro plan.

— Voy á indicároslo; pero antes necesito invocar toda vuestra complacencia, señor duque.

— Explicaos.

— He tenido el honor de deciros que tengo cogida á la ocasión por su único pelo, y que no la soltaré sin hacer fortuna.

— Y bien, me parece que un pellizco de doscientos cincuenta mil francos...

— ¡No es una fortuna, señor duque! vos que sois millonario debéis saberlo.

— ¡Gracias!



— No : yo necesito quinientos mil.

— Señor gobernador, siento deciros que faltáis á vuestra palabra.

— Y ¿en qué falto á ella, puesto que no es á vos á quien se los pido?

— Eso es otra cosa.

— Muy tonto sería yo si no tratase de que S. M. el rey Fernando me dé por mi fidelidad el mismo precio que vos me ofrecéis por mi traición.

— ¡Oh! no pronunciéis tan fea palabra, señor Brandí!

El gobernador, con esa cómica gravedad tan común en los napolitanos, cogió la palmatoria, registró detrás de la puerta y debajo de la cama, y volvió á colocar la bujía en su sitio.

— ¿Qué hacéis? le preguntó Nicolino.

— Nada : mirar si nos escuchaba alguno.

— ¿Por qué?

— Porque si nadie nos escucha, si estamos solos, me parece inútil andar con redeos ; vos sabéis perfectamente que no soy sino un traidor más ó menos ingenioso que los demás.

— ¿Y cómo pensáis gobernaros para que el rey premie con otros doscientos cincuenta mil francos vuestra fidelidad?

— He ahí precisamente el motivo por el cual

invoco toda vuestra complacencia, señor duque.

— Y yo os la prometo ; pero explicadme vuestro plan.

— Es muy sencillo, carísimo prisionero ; para conseguir lo que me propongo, es menester que yo aparezca á los ojos de todo el mundo, no como vuestro cómplice, sino como vuestra víctima.

— La cosa me parece en extremo lógica. Pero ¿cómo diablos seríais mi víctima?

— Muy fácilmente.

El gobernador sacó dos pistolas del bolsillo.

— Aquí tenéis un par de pistolas.

— ¡Calla! ¡son las mías! exclamó Nicolino.

— Que el procurador fiscal olvidó en mi cuarto... ¿Sabéis el fin que ha tenido ese buen marqués Vanni?

— Sí, ya me anunciasteis su muerte, y aun me acuerdo que os respondí que sentía en el alma no poderle llorar.

— Es verdad. Pues bien, estas pistolas que estaban no se sabe dónde, os las habéis proporcionado por medio de vuestra inteligencia secreta en el castillo ; de modo que al bajar á vuestro calabozo, me habéis puesto un cañón sobre el pecho.

— ¡ Perfectamente! dijo Nicolino echándose á reir.



— De esta manera.

— ¡Cuidado, que están cargadas!

— Acto continuo, y siempre con la pistola sobre el pecho, me habéis amarrado á esa argolla que está fija en la pared.

— ¿Y con qué? ¿con la sábana de la cama?

— No, con una cuerda.

— Aquí no hay ninguna.

— Pero yo os la traigo.

Y Brandi sacó un rollo de cordel.

— ¡Enhorabuena! veo que sois hombre prevenido.

— Menester es no descuidar nada, si las cosas han de salir como uno desea.

— ¿Y luego?

— Una vez atado á la argolla, me ponéis vuestro pañuelo en la boca á guisa de mordaza para que no grite, cerráis la puerta con llave, y aprovechando la imprudencia que he cometido en enviar de patrulla á todos los hombres de confianza y de no dejar en el fuerte sino á los desertores y á gente fácil de sobornar, provocáis una insurrección y os hacéis dueño de la fortaleza.

— ¿Y cómo los insurreccionaré?

— Nada más fácil. Ofrecedles diez ducados por barra. Como hay unos treinta y cinco hombres incluidos

los empleados, con trescientos cincuenta ducados tenéis bastante para terminar el negocio. Inmediatamente les distribuí la propina, cambiáis el santo y seña y dais orden de hacer fuego sobre la patrulla, si insiste en querer entrar.

— Un pequeño inconveniente, señor Brandi: ¿dónde encontraré los trescientos cincuenta ducados?

— En mi bolsillo; aunque previniéndoos que es cuenta aparte.

— Que nada tiene que ver con las doscientas cincuenta mil libras: ¡comprendido!

— Una vez dueño del fuerte, venís á desatar mis ligaduras, me dejáis encerrado en vuestro calabozo y me tratáis lo peor que os sea posible: luego, así que me hayáis pagado mis doscientos cincuenta mil francos y el consabido pico de trescientos cincuenta ducados, la noche que más bonita os parezca mandáis, por lástima, que me pongan en libertad. Entonces bajo al puerto, fletó una barca ó un jabeque, arribo á Sicilia á través de mil peligros y me presento al rey Fernando á pedirle el precio de mi fidelidad. Ya sabéis la suma en que pienso estimarla.

— Sí, en doscientos cincuenta mil francos.

— ¿Conque es cosa convenida?



— Completamente.

— ¿ Me empeñáis vuestra palabra de honor?

— Os la empeño.

— ¡ Pues manos á la obra! Tenéis las pistolas, que podéis dejar en la mesa, no sea el diablo que se escape algún tiro; he aquí la cuerda y el dinero para vuestros hombres. No temáis apretarme de firme, pero no me ahoguéis con el pañuelo. En cuanto á la patrulla, todavía tardará media hora en volver.

Todo pasó como había previsto el inteligente Roberto Brandi, y aun hubiera podido creerse que de antemano había dado las órdenes oportunas á fin de que su prisionero no encontrase ningún obstáculo. El digno gobernador quedó encerrado en el calabozo, con su mordaza en la boca y sólidamente amarrado al anillo de la pared. Nicolino halló desiertos los corredores y la escalera. Dirigióse al cuerpo de guardia, y allí pronunció un magnífico discurso patriótico; pero notando cierta indecisión en su auditorio, metió mano al bolsillo y dejó escapar la mágica frase que debía allanar todos los inconvenientes: « ¡ Diez ducados de gratificación á cada uno. » Á estas palabras, todas las conciencias emmudecieron y los más indecisos gritaron: « ¡ Viva la libertad! » En seguida corrieron

á las armas, coronaron el muro y amenazaron á la patrulla que regresaba al castillo con dispararle un metrallazo si no desaparecía inmediatamente en las profundidades del Vomero, ó en los *vicoli* de la Infrascata. La patrulla desapareció como un fantasma por un escotillón de teatro.

Acto continuo, se pusieron á fabricar una bandera tricolor, operación que después de algunas dificultades pudo llevarse á cumplido término, gracias á la existencia de un pedazo de bandera blanca, de una cortina azul y de una colcha encarnada. Concluido el nuevo pabellón, se abatió el antiguo y se izó en su lugar.

Por último, Nicolino fingió acordarse de pronto del pobre gobernador cuyas funciones había usurpado; entonces bajó con cuatro hombres, le quitó las ligaduras y la mordaza, amenazándole siempre con la pistola, y, á pesar de sus gemidos y de sus plegarias, le dejó encerrado en aquel famoso calabozo núm. 3, segundo piso bajo el entresuelo.

Tal fué el motivo por el cual vió Nápoles, al amanecer del día 21 de Enero, flotar la bandera tricolor francesa en el asta del castillo de San Telmo.



## CAPÍTULO XI

### Las Horcas Caudinas

Championnet vió también aquella bandera, é inmediatamente ordenó á su ejército marchar sobre Nápoles, á fin de empezar el ataque á las once de la mañana.

Si escribiéramos una novela en vez de un libro histórico, libro en que los hechos imaginarios son puramente accesorios, fácil cosa habría sido para nosotros hacer que Salvato volviese á la capital de las Dos Sicilias y por consiguiente á aquella casa de la Palmera donde había dejado la mitad de su alma, de aquella alma en la cual no creía el escéptico cirujano del monte Cassino. Entonces, en lugar de un largo relato, si bien interesante, frío como toda narración política, habríamos podido trazar apasionadas escenas á las cuales habrían dado mayor realce los temores que inspiraban á la pobre Luisa aquellas terribles y sangrientas saturnales del feroz

populacho, cuyo rumor llegaba hasta sus oídos. Pero nos vemos obligados á conformarnos con la inflexible exigencia de los hechos. Por más ardiente que fuese el deseo de Salvato Palmieri, tuvo que seguir las órdenes de su general, quien, ignorando el poderoso atractivo que Nápoles tenía para su jefe de brigada, le había alejado del objeto de su amor, en vez de aproximarle.

Salvato acababa de abrazar á su padre en el convento del monte Cassino, después de haber pasado la noche en su compañía, cuando Championnet le ordenó en San Germano que se pusiese á la cabeza de la 17.<sup>a</sup> media brigada y marchase sobre Benevento, dando un rodeo por Venafro, Marcone y Puente-Landolfo, á fin de proteger y despejar el camino al resto del ejército. Salvato debía permanecer en constante comunicación con el general en jefe.

Entonces se vió completamente rodeado de *brigantes* ó latro-realistas, y tuvo que rechazar cada día un nuevo ataque, y que evitar cada noche una sorpresa ó una emboscada. Pero hijo del país, y conociendo el dialecto de sus naturales, Salvato, que por su valor, su sangre fría y sus estudios estratégicos era un excelente soldado en batalla campal, era también, por su infatigable actividad, por su continua vigilancia y por ese instinto del peligro que Fenimore



Cooper describe tan admirablemente en los pueblos salvajes de la América del Norte, el hombre más á propósito para aquella guerra de montaña. Durante aquella penosa marcha efectuada en el mes de Diciembre, su reducida columna tuvo que atravesar ríos helados, montes cubiertos de nieve, caminos en cuyos barrizales se hundía la tropa hasta la rodilla. Pero como Salvato era el primero en los peligros y en las privaciones; como vivía en medio de sus soldados socorriendo á los heridos, alentando á los débiles, elogiando á los fuertes; como éstos no podían echarle en cara ni un error, ni una falta de firmeza, ni una injusticia, reconocieron en él al hombre superior y bondadoso y se agruparon en torno suyo con el respeto que los subordinados deben á su jefe, con el cariño que los hijos tienen á un tierno y solícito padre.

Al llegar á Venafro, Salvato supo que los caminos, ó, mejor dicho, los senderos de la montaña se hallaban impracticables. Sin embargo, fué hasta Isernia por un camino bastante bueno que tuvo que conquistar palmo á palmo á causa de las numerosas bandas de latro-realistas que le defendían; desde Isernia se dirigió á Bocano por una vereda extraviada, atravesando montañas, valles y selvas.

Cinco días empleó en aquella travesía que en tiempos normales se hace en una sola jornada.

En Bocano supo la tregua de Sparanisi y recibió orden de detenerse y esperar nuevas instrucciones.

Rota la tregua, Salvato volvió á ponerse en marcha, y librando siempre un combate cada veinticuatro horas, llegó á Marcone, en cuyo punto le noticiaron la entrevista de Championnet con los representantes de la ciudad y la decisión tomada aquel mismo día por el general en jefe, esto es, la de atacar á Nápoles en la siguiente mañana.

Las instrucciones de Salvato le recomendaban salir inmediatamente para Benevento y avanzar sobre Nápoles á fin de secundar al general en el ataque del día 21.

El 20 por la noche, la columna á las órdenes de Palmieri entró en Benevento, después de una doble etapa.

La tranquilidad con que se operó aquella marcha daba á Salvato malísima espina. Si los *brigantes* le habían dejado libre el camino de Marcone á Benevento, era porque sin duda pensaban disputarle el paso al abrigo de alguna ventajosa posición.

Palmieri no había recorrido nunca el camino que entonces atravesaba; pero como le conocía estratégicamente, sabía que le era imposible ir desde



Benevento á Nápoles sin pasar por el antiguo valle de Caudia, esto es, por aquellas famosas Horcas Caudinas donde, 321 años antes de Jesucristo, vencieron los samnitas á las legiones romanas que mandaba el cónsul Spurnio Postumio, obligándolas á pasar bajo el yugo:

Por una de esas inspiraciones que á veces tienen los guerreros, Salvato comprendió que los latrorealistas le habían dejado avanzar para esperarle en aquel sitio. Y como los mapas de la Tierra de Labor y del principado eran muy poco exactos y muy incompletos, determinó reconocer por sí mismo aquellos lugares.

Al efecto, se disfrazó de labriego á eso de las ocho de la noche, montó en su mejor caballo, y se puso en camino en compañía de un húsar de su confianza, disfrazado también.

Á una legua de Benevento, próximamente, dejó los caballos entre un grupo de árboles al cuidado del húsar, y prosiguió su marcha, solo y á pie, hacia el extremo del valle, el cual se estrechaba más y más hasta formar una garganta cuyos flancos parecían confundirse y cerrar el paso. Aquel era sin duda el sitio en que los romanos se apercibieron, aunque demasiado tarde, del lazo que les habían tendido los samnitas.

Salvato le reconoció á la luz de la luna, y en lugar de seguir el camino, penetró por medio de unos árboles que se alzaban en el fondo del valle y llegó hasta una granja situada á un tiro de fusil de aquella angostura. Entonces saltó un vallado y se encontró en medio de un bosque de frutales.

Una gran claridad salía de la habitación de los labradores, un poco separada del resto de la granja. Salvato se deslizó hasta un sitio desde el cual podía observar cómodamente lo que pasaba en el interior de la hacienda.

La causa de aquella claridad era un horno que acababan de calentar, y ante cuya boca había dos hombres que se preparaban á meter en él unos cien panes de respetable tamaño.

Era evidente que semejante cantidad de pan no se destinaba sólo al consumo de los arrendatarios y de los mozos de la granja.

En aquel momento, llamaron violentamente á la puerta que daba sobre el camino.

Uno de los hombres que estaban arreglando la hornada, exclamó:

— ¡ Son ellos!

La vista de Salvato no podía alcanzar hasta la gran puerta: pero no tardó en oirla rechinar sobre sus enmohecidos goznes. Entonces entraron en el



círculo de luz que proyectaba la boca del horno cuatro hombres que por su traje y aspecto dejaban conocer que pertenecían á alguna partida de latro-realistas.

Los recién venidos preguntaron á qué hora estaría cocida la primera hornada, cuántas podrían cocerse durante la noche y qué cantidad de panes producirían todas ellas.

Los dos panaderos les respondieron que la primera hornada estaría lista á las once y media, la segunda á las dos y la tercera á las cinco. Cada hornada podría componerse de ciento á ciento veinte panes.

— No es bastante, dijo uno de los bandidos moviendo la cabeza.

— Pues, ¿ cuántos sois ? preguntó uno de los panaderos.

El bandido que parecía jefe de los otros se detuvo un momento á contar por los dedos y respondió :

— Sobre unos ochocientos hombres.

— En ese caso habrá cerca de libra y media para cada uno, dijo el panadero que hasta entonces había guardado silencio.

— ¡ Es poco ! insistió el bandido.

— ¡ Pues tendréis que contentaros con lo que haya ! repuso el panadero en tono gruñón. El

horno no hace más que ciento diez panes, y yo no puedo agrandarle.

— Bueno : dentro de dos horas estarán aquí las mulas.

— Os prevengo que tendrán que esperar un buen rato.

— ¿ Sí ? ¡ pues no te andes con bromas, y acuérdate de que tenemos hambre !

— Yo no puedo hacer más de lo que hago, dijo el panadero ; y si tanta prisa tenéis, cargad con el pan y cocedle donde os dé la gana.

Los bandidos comprendieron que nada recabarían por la fuerza de aquellos hombres que tan sólidamente razonaban.

— ¿ Hay noticias de Benevento ? les preguntaron.

— Sí, respondió un panadero ; hace una hora que vine yo de allá.

— ¿ Se sabía algo de los franceses ?

— Acaban de entrar en el pueblo.

— Y ¿ oíste decir cuánto tiempo pensaban permanecer ?

— Hasta mañana al rayar el día, á cuya hora vuelven á ponerse en marcha.

— ¿ Para Nápoles ?

— Sí.

— ¿ Cuántos eran ?



— Sobre seiscientos.

— Y ¿cuántos franceses podrán caber en tu horno arreglándolos bien?

— Ocho.

— Pues quiere decir que si no tenemos bastante pan para la comida de mañana, tendremos carne, y váyase lo uno por lo otro.

Una carcajada estrepitosa acogió esta broma de canibales. Los cuatro bandidos volvieron á recomendar á los panaderos que se diesen prisa, y se alejaron por la puerta que daba sobre el camino.

Salvato salió de su escondite, atravesó la huerta, evitando pasar frente á los rayos de luz que proyectaba el horno, saltó la cerca, y siguiendo á distancia de unos cincuenta pasos á los cuatro hombres, los vió trepar la montaña y perderse entre los matorrales. Entonces pudo estudiar á su placer la disposición del terreno.

Palmieri había visto cuanto deseaba : su plan estaba formado y nada tenía ya que hacer allí. Volvió al sitio donde le esperaba el húsar, montó á caballo y entró en su alojamiento antes de las doce.

Allí encontró al oficial de ordenanza del general Championnet, á aquel mismo Villeneuve que vimos en Civita-Castellana atravesando el campo

de batalla en medio de una lluvia de proyectiles para llevar á Macdonald la orden de tomar la ofensiva.

Championnet anunciaba á Salvato que el ataque de Nápoles empezaría á las doce, le recomendaba que hiciera todos los esfuerzos posibles por llegar á tiempo de tomar parte en el combate, y autorizaba á Villeneuve á que acompañase al joven brigadier para servirle de edecán, previniéndoles á entrambos que desconfiasen del paso de las Horcas Caudinas.

Salvato explicó entonces á Villeneuve la causa de su ausencia; en seguida se puso á trazar el plano del terreno que acababa de recorrer, terreno que al día siguiente iba á ser teatro de un sangriento combate.

Hecho esto, los dos jóvenes se acostaron, á fin de dormir algunas horas.

El toque de los tambores los despertó antes de rayar el alba.

Las ventanas del alojamiento de Salvato daban sobre la plaza en que estaba ya formada la pequeña columna, compuesta de quinientos hombres de infantería y de cien húsares. El joven brigadier se asomó á una de ellas é invitó á la oficialidad á que subiese á su cuarto. La oficialidad se



componía de un mayor, cuatro capitanes y de ocho tenientes ó subtenientes. Sobre la mesa se hallaba extendido el plano que el brigadier había trazado aquella noche.

— Señores, les dijo, hacedme el obsequio de examinar esa carta con atención. Cuando lleguéis al terreno que representa, — y que, gracias al estudio que de él vais á hacer, reconoceréis fácilmente — os explicaré lo que allí debemos ejecutar. De vuestra destreza é inteligencia en secundarme dependerá hoy, no sólo el éxito de la jornada, sino, lo que es más, la vida de todos. La situación es grave, porque vamos á combatir á un enemigo que á su ventaja numérica reúne la de esperarnos en una posición formidable.

Salvato mandó traer pan, vino y algunos trozos de carne asada, é invitó á los oficiales á que tomasen un bocado mientras estudiaban la topografía del terreno en que iba á librarse el combate.

En cuanto á los soldados, se les hizo una distribución de viveres en la misma plaza de Benevento y se les dieron un par de docenas de esas respetables damajuanas de vidrio, cuyo contenido asciende á diez ó doce litros.

Concluido el refrigerio, Salvato mandó tocar á formación, y los soldados se alinearon en inmenso

círculo en el cual entró el joven brigadier con sus oficiales. Sin embargo, como no eran más que seiscientos hombres, todo el mundo se hallaba al alcance de la voz de Palmieri.

— « Amigos míos, les dijo Salvato, hoy vamos á tener una brillante jornada, hoy vamos á alcanzar una victoria en el mismo sitio en que fué vencido el primer pueblo del mundo. Vosotros sois hombres, soldados y ciudadanos y no máquinas de conquista ó instrumentos de despotismo, como los que arrastraban en pos de sí los Cambises, los Daríos y los Jerjes. Vosotros no lleváis la esclavitud á los pueblos que combatís, sino la libertad; no vais á sumergirlos en las tinieblas, sino á inundarlos de luz. Sabed, pues, sobre qué terreno marcháis y qué pueblos le hollaron antes de vosotros.

» Hace cosa de dos mil años que unos pastores samnitas hicieron creer á los romanos que la ciudad de Lucera corría grave riesgo de ser tomada, y que para socorrerla en tiempo oportuno era menester atravesar inmediatamente los Apenninos. Las legiones se pusieron en marcha al mando del cónsul Spurnio Postumio; sólo que entonces venían de Nápoles en dirección opuesta á la que nosotros seguimos. Al llegar á una estrecha garganta — á donde nosotros llegaremos dentro de



dos horas y en la cual nos esperan los latro-realistas — los romanos se encontraron entre dos rocas cortadas á pico y coronadas de espesos árboles : en el sitio más crítico de la angostura, un inmenso montón de troncos y de malezas les cerró el paso. Entonces quisieron retroceder. Pero los samnitas les cortaron la retirada, mientras que una lluvia de rocas, rodando por los flancos de la montaña, caía sobre ellos aplastándolos á centenares. Viendo á los romanos cogidos en aquel sangriento cepo, el general samnita Cayo Poncio, autor de la emboscada, se asustó de su propio triunfo, pensando que detrás de las legiones romanas estaba el ejército, y detrás del ejército, el poder colosal de la gran república. Con sólo echar á rodar algunos otros pedazos de granito, podía aplastar por completo las dos legiones, desde el primero hasta el último; pero dejó la muerte suspendida sobre la cabeza del enemigo y mandó á preguntar á su padre Erennio lo que debía de hacer.

» Erennio era un sabio.

— » ¡ Destruyélos á todos, ó déjalos libres y con honra! le respondió. Mata á tus enemigos, ó hazte acreedor á su amistad.

» Cayo Poncio no siguió este prudente consejo :

concedió la vida á los romanos, pero á condición de que habían de pasar, inclinando la cabeza, bajo una bóveda formada con las mazas, las lanzas y los dardos de los vencidos.

» Los romanos vengaron la afrenta haciendo á los samnitas una guerra de exterminio, y concluyeron por conquistar completamente su país.

» Soldados, hoy vais á ver el teatro de aquella lucha y os convenceréis de que su aspecto no es tan formidable como era entonces : las rocas cortadas á pico han desaparecido, los flancos de la montaña presentan un declive más suave, y algunos cuantos matorrales de tres pies de altura han reemplazado á las gigantescas encinas que los coronaban.

» Siempre solícito por vuestra seguridad, anoche me disfracé de campesino, y fui á explorar aquellos lugares. Tened, pues, confianza en mí, y yo os prometo la victoria allí donde los romanos fueron vencidos. »

Dos hurras seguidos del grito general : « ¡ Viva Salvato ! » acogieron las últimas palabras del joven brigadier. Los soldados calaron bayoneta sin esperar la voz de mando, y la columna se puso en marcha cantando la *Marsellesa*.

Un cuarto de legua antes de llegar á la granja,



Salvato recomendó el más profundo silencio. El camino formaba un recodo en aquel punto.

Los oficiales habían recibido de antemano sus instrucciones. Villeneuve tomó tres compañías, dió un rodeo costeano el vallado de la huerta y fué á emboscarse en un barranco ó repliegue que formaba el terreno. Salvato se escondió con sesenta húsares detrás de la granja. Por último, el resto de la tropa á las órdenes del mayor, antiguo soldado en cuya sangre fría tenía el jefe entera confianza, debía seguir el camino, aparentar que daba en el lazo, resistir un momento, y retirarse después á la desbandada, á fin de atraer al enemigo hasta la granja.

El plan de Salvato se cumplió al pie de la letra. Después de un tiroteo de diez minutos, viendo los latro-realistas que los franceses retrocedían, abandonaron su posición y se lanzaron sobre ellos con grande algazara. La pequeña columna volvió la espalda retirándose precipitadamente y en el mayor desorden, como atemorizada por la impetuosidad y el número de los enemigos. Una espantosa rechifla sucedió entonces á los gritos de amenaza; y creyendo á los republicanos en completa derrota, los bandidos empezaron á perseguirlos sin tomar ninguna precaución. Villeneuve les dejó llegar á tiro de piedra: á una seña suya, las tres compa-

ñías se enderezaron, y una descarga á quema ropa dejó sin vida á más de doscientos perseguidores. En seguida les ganó la retaguardia al paso de ataque y ocupó la posición que acababan de abandonar. Al mismo tiempo, Salvato y sus sesenta jinetes salieron de detrás de la granja, y dividieron la columna enemiga, acuchillándola á diestra y siniestra, mientras que los pretendidos fugitivos al grito de « ¡alto! » lanzado por el mayor, recibían en la punta de sus bayonetas á los que por un instante se creyeron vencedores.

¡Horrible fué la carnicería! Los bandidos se hallaron como encerrados en un círculo de hierro entre las tropas de Villeneuve y del mayor, y, en medio de aquel círculo, Salvato y sus sesenta húsares los acuchillaban á su sabor, derribando un hombre de cada sablazo.

Quinientos *brigantes* quedaron sobre el campo de batalla. Los que pudieron huir, ganaron la cumbre de la montaña en medio del doble fuego que los diezaba. Á las once, todo había concluído, y Salvato y sus seiscientos hombres, — entre los cuales no hubo más que cuatro muertos y una docena de heridos — volvieron á ponerse en marcha á paso redoblado á fin de llegar lo más pronto posible á Nápoles, en cuya dirección se oía el sordo retumbar de los cañones.